

Redacción:

La Junta Directiva

Colaboradores

TODOS LOS ATENEISTAS

Plumas Noveles

SUSCRIPCIÓN

Un mes. . . . 0,25 pts.

Relación y Aímon.

Colón, 12, bajo

ORGANO DEL ATENEO ESCOLAR

CUENTO

Fe en Dios

POR CARMEN SORO ALARCÓN

(Premio del concurso anunciado el día 15 de marzo.)

¡Hay tristezas muy bonitas en la vida! Esta frase podría parecer insoportablemente vulgar, a fuer de sabida; la verdad que expresa, encierra sin embargo una filosofía tan humana y tan interesante, que todos debemos meditarla constantemente.

Yo, por mi parte, te aseguro, lector benévolo, que llevo unos días obsesionada, turbada, martirizada con tal pensamiento. ¡Son las circunstancias tan propicias a las lúgubres ideas...! ¡Tan a propósito para sentirse embargada por el dolor...! ¡La guerra, con sus horrores...! ¡El hambre que amenaza...! ¡Males sin cuento, que dicen, se esperan...! Y luego, ¡este tiempo hosco y duro; estos días, enemigos de los pobres, con fríos y nieves, con cielos tristes, como el alma de los necesitados; con horizontes borrosos e inciertos, como el porvenir de los que carecen de pan...!

¡Ah, si yo tuviera cien millones, digo con Alarcón, el escritor docto, una de cuyas obras leía yo alocada! ¡Dios mío, lo que haría yo con ese dinero...! Por de pronto, cesaría de llorar, como una tonta, ante el espectáculo de la desgracia que no puedo socorrer... y después... después... ¡vaya, que no quiero ni pensar el bien que haría en mis manos esa montaña de oro! Por supuesto, que mis lágrimas correrían nuevamente arrancadas entonces por un sentimiento muy distinto. ¡Oh, corazón femenino, que todo lo arreglas con llorar! ¡Decídme, ¿cómo vives en tu tierra, cuando habita una calle de lágrimas!

No tengo esos cien millones, pero Dios tiene mucho más que yo, pues es infinitamente rico, y además ¿qué duda cabe?—ama mucho más que a los desgraciados. El es el Dios de los que sufren, el Dios de los que lloran, el Dios que socorre toda necesidad de mí y de los otros, del modo más inesperado.

Acaso no sea tan cuento, pero parece, la emocionante relación que entenderás, si siguieres leyendo. La cual quiero probarte, que si eres fruto de la tierra, el consuelo es del cielo, que descende bienhechor a aquellos

que lo piden. Ven conmigo a verlo, a uno de esos asilos de la miseria humana.

Es un quinto piso de una de esas casas de los barrios bajos, en la que se alojan multitud de seres, un verdadero pueblo, a cuyos habitantes, la carencia de comodidades ha igualado de tal modo, que ninguno descuella un ápice sobre los demás. Después de subir el respetable número de escaleras que corresponde a la categoría de un quinto piso, nos encontramos con una puerta de color indefinido, que da paso a nuestro cuchitril.

Franqueada aquélla, atravesamos una especie de cañón de estufa con pretensiones de pasillo, que nos conduce a una habitación, la cual, por lo desamueblada que se encuentra, no nos hará gastar mucho tiempo en describirla: una silla con asiento de sogas, unos cuantos pucheros inservibles encima de una mesa desveneciada, y, ¿para qué cansarnos?, una habitación, en total, a la que sus dueños han despojado de todo aquello que podía valer algo, para con su producto sostenerse uno, dos, tres días a lo sumo.

Y, he aquí la parte dramática de mi cuento. En esta habitación que, tanto por sus condiciones antihigiénicas, como por su carencia de útiles, parece inhabitable, se albergan unos seres tan desgraciados como nos lo da a entender claramente el solo hecho de vivir en semejante covacha.

Emilio Jiménez, cabeza de aquella desgraciada familia, contempla el cuadro desgarrador que se ofrece a su vista, nublada por el llanto. Una anciana, madre de su esposa, en un rincón echada sobre un montón de paja y atacada de parálisis, consume durante días y días su pobre existencia en aquel miserable lecho. La calentura la tiene aletargada, y de vez en cuando, sus labios se abren para pronunciar algunas incoherentes palabras. Su rostro presenta la triste huella del hambre.

Otro grupo conmovedor, capaz de hacer llorar a la persona más refractaria al sentimiento e inspirar compasión al pecho más empedernido, se presenta ante sus ojos: es el que forma Magdalena, la compañera de su vida, rodeada de sus tiernos

hijos, tres niños de corta edad que no pueden resistir por más tiempo las horribles punzadas del hambre, que martiriza sus cuerpecitos escuálidos; tres angelitos murillescos que piden pan a su madre, sin saber que con sus palabras laceran el corazón de aquella que daría toda su sangre para ahorrarse sufrimientos a quienes son más que su vida. Por fin logra distraerlos, y los pobrecitos, desfallecidos y aletargados, caen en su regazo.

El padre los mira con los ojos húmedos de emoción, por los que de vez en cuando pasa un rayo de desesperación, seguido del abatimiento más grande. Su impotencia es completa. Sus pasos todos han sido infructuosos. En todas partes donde pidió trabajo, le recibieron con muy buenas palabras; pero, ¿de qué le servían al infeliz, si ellas encerraban su sentencia de muerte? ¡No podían admitirlo en ningún sitio! ¡Había llegado demasiado tarde...!

Recuerda esto, y sus dedos crispados incrustanse en sus carnes, viendo la inutilidad de sus esfuerzos para sacar a su familia, a su idolatrada familia, de aquella angustiosa situación que él no puede contemplar impasible...

La tarde cae. Las tinieblas empiezan a invadir la habitación. La noche se avecina y aquellos desgraciados no piensan pasarla mejor que el día; es decir, piensan pasarla peor, mucho peor, porque la oscuridad, para los que tienen el espíritu fatigado, forja espectros y fantasmas siniestros que les llenan de espanto. Las débiles criaturas se amedrentan, no comprendiendo por qué sus padres no encienden luz como se hace en otras casas...

La mente de Emilio es un caos. En su interior se trava una lucha titánica... De pronto, la borrasca contenida dentro de su pecho, estalla: da con el pie un violento golpe en el suelo y empieza a pasear la estancia a grandes pasos y a proferir palabras de las que él mismo no se da cuenta. Los niños adormecidos por las caricias de su madre, asustados ante aquella violencia inesperada, empiezan a llorar.

Magdalena se levanta, y dirigiéndose suplicante a su esposo: «Emilio—le dice—, por piedad, no te desesperes. El Señor no nos abandonará. Ten fe en Dios, que no desampara nunca a los pobres que, como nosotros, todo lo esperan de Él.» Pero Emilio no se calma. ¡Su desesperación raya en locura! Sin saber lo que hace, abre la puerta y sale de su casa, bajando las escaleras de dos en dos, de tres en tres... Tiene ganas de salir a la calle, de respirar el aire puro, ¡se ahoga! Ya fuera del portal, se dirige hacia la iz-

quierla, entrando en una calle bastante solitaria. Sus pasos son inciertos, vacilantes. Lleva impresas en su alma las frases de su esposa: Ten fe en Dios, que no desampara nunca a los pobres que, como nosotros, todos lo esperan de El... Se oyen unas campanas... Es el toque de la oración; y Emilio, sin saber cómo, se encuentra frente a una iglesia, cuya puerta está abierta. Maquinalmente, como si una fuerza superior le impulsara, penetra en el sagrado recinto, y tomando agua bendita, hace humildemente la señal de la cruz, dirigiéndose al altar mayor. Lleno de emoción, anonadado, aturdido, cae de hinojos ante la imagen del Salvador, que se levanta majestuosa, pero cuyos ojos parecen animarle. Anhelante, le ruega no desampare a sus hijos, no los deje morir de hambre, no permita semejante suplicio. Con acento conmovido le pide justifique su título de *Salvador de los humildes*, de *Salvador de los pobres*, especialmente, y... ¡llora!, ¡llora, sí!, pero sus lágrimas ya no son amargas; son lágrimas consoladoras. Da gracias a Dios por el bálsamo derramado en su llagado corazón, y sale de la iglesia con la esperanza albergada en su pecho, que poco antes asilaba de la desesperación más desoladora.

Entonces sucedió una cosa inesperada para nuestro amigo. Dirigiase a su casa, embobado en sus pensamientos, cuando unos golpes, amistosos, dados en su espalda, vinieron a sacarlo de su abstracción. Era un antiguo compañero suyo, a quien le dio en sus tiempos de prosperidad cierta caridad que le hacía falta, y que ahora iba a devolverle. ¡Una verdadera lotería! La providencia divina empezaba a ejercer su benéfica acción.

Al pobre Emilio le parecía mentira que aquel dinero estuviera en sus manos, y, sobre todo, que fuese suyo... ¡suyo! ¡Hacia tanto tiempo que no pronunciaba el posesivo de primera persona!

¡Qué sorpresa para su Magdalena! ¡Qué alegría para sus hijos! Y en cuanto a la pobre anciana, no le regocijaba menos la idea de poderla atender como su estado requería. Con estos pensamientos, subió la escalera casi más deprisa que poco antes la había bajado.

Salieron todos a recibirle, esperando, sin duda, el fin desastroso de la tragedia, y quedaron sorprendidos. Sus hijos corrieron a abrazarle, mientras Magdalena, contemplándole absorta, preguntábase:

—¿Qué significa esto? ¿Qué pasa?—cayendo al fin desvanecida en los brazos de su esposo, que le contesta:

—Pasa, mi querida Magdalena, que... ¡Dios no desampara nunca a los pobres que, como nosotros, todo lo esperan de El...

Han transcurrido varios meses. Emilio, empleado en una oficina, gana un modes-

to sueldo que le permite cubrir las necesidades de su familia. La miseria no volverá a aparecer por su casa. ¡La fe les ha salvado.

Soneto a la nieve

La nieve baja del sombrío cielo
como enjambre de blancas mariposas,
como pétalos nidos de rosas
desiende en mausa lluvia sobre el suelo.

Se extiende por la tierra como un velo
de diamantes y perlas primorosas,
convierte las montañas majestuosas
en espectros fantásticos de hielo.

Brilla deslumbradora unos instantes
con reflejos de soles fulgurantes
y se convierte en cieno de pantano.

¿Hay algo más fugaz que su blancura?
¿hay algo más efímero, más sano
que los copos de nieve? ¡La hermosura!

V. C. V.

Recuerdos napoleónicos

Me mandaste morir...

—Merecías ser castigado por tu falta de disciplina, pero te perdono con una sola condición, que es: o mañana mueres en el combate o te haces digno por tus hazañas de una medalla como recompensa. ¿Te comprometes?—Tales palabras dirigía la noche del 19 de noviembre de 1805 el gran militar francés, el entonces emperador Bonaparte, al soldado que se atrevió a contravenir, con sus cantares, la orden que había dado para que durante aquella noche, precursora de una inmensa hecatombe, el más profundo silencio reinase en sus campamentos, y a las cuales con un juramento, comprometiéndose a cuanto de él se deseaba, contesta el soldado; y luego...

Eran las cinco de la mañana del 20, cuando en plena oscuridad empezaron las tropas los preparativos necesarios para entrar en combate: los ayudantes del emperador corrían entre los grupos de soldados para dar las órdenes recibidas, y un sordo rumor empezó a resonar en los oídos de todos... era que el ejército enemigo se preparaba al combate. Salir Napoleón de su tienda y alzarse todos los soldados del suelo, donde permanecían echados, llenos del arrebató que da las victorias, deseosos de entrar en combate, de medir sus armas con el enemigo para demostrarle su poder, todo fué uno; y cuando de los labios de Napoleón salieron las palabras: «Que avancen todos!», desde el primer oficial al último soldado ocuparon

sus puestos; y en columna de honor, primero desfilaron ante el César francés, y después avanzaron rápidos, ligeros, intrépidos, sin volver la vista atrás, pero siempre perseguidos por las granadas austriacas, que con una regularidad matemática les acechan, los siguen, y por último terminan por caer entre sus filas, a compañías de horribles explosiones.

Oyóse un sordo fuego de fusilería, y la primera línea cayó como segada por la guadaña; a lo lejos, los infantes rusos y austriacos avanzan imponentes; al ver su número la segunda línea, titubea, pero al fin avanza en carrera desenfrenada, en medio de la densa niebla que empieza a rodearlos y que impide que los ejércitos se vean; cuando quieren recordar, se encuentran, tropiezan, y empieza la lucha de arma blanca, cuerpo a cuerpo y en medio del más horrible griterío; los rusos reciben constantemente nuevos refuerzos, que aniquilan y desordenan a los franceses, que consumidos por el ímpetu enemigo, abrumados por su superioridad numérica, empiezan a desordenarse, a huir, y el ejército enemigo, al creer suya la victoria, los persigue, los caza como a miserables gazapos.

To lo esto lo ve Napoleón desde una colina; y, lleno de desolación, va a retirarse con los suyos a la segunda línea, cuando ve surgir en medio de tanto desorden un hombre que grita, gesticula, detiene a unos cuantos y, abalanzándose sobre un alandero, le arrebató de las manos la insignia del águila imperial, y a los gritos de: «Seguirme, valientes que militáis las legiones del gran Napoleón! ¡Seguirme, y veréis como los rusos huyen ante vosotros como avergonzadas mujerzuelas...!», avanza impávido, en medio de la lluvia de balas que sobre él lanza el enemigo. Momentos de incertidumbre son estos para todo el ejército; pero al fin uno, dos, tres... todos, todos aquellos que antes huían acobardados, al ver el sublime ejemplo de aquel héroe, le siguen, y tras él vuelven otra vez a chocar con el enemigo; pero esta, rugientes, amenazadores y deseosos de poner en buen lugar el nombre que habían manchado con su fuga, son como un avalancha que todo lo destruye y arrasa con su paso; y ante sus ataques, no pueden resistir los rusos y austriacos, que ahora son los que huyen, perseguidos por la caballería imperial.

Eran las cinco de la tarde; los ejércitos austriacos y rusos huían a la desbandada, perseguidos de cerca por la caballería francesa; los franceses, mientras tanto, vivaqueando en el pueblo y posiciones que antes ocupó el enemigo, descansan de la ruda faena de aquel día, y todos ellos esperan saber la recompensa que dará Napoleón al héroe del día. Por fin se ve venir al emperador, rodeado de un grupo de oficiales; va a dar, según es su costumbre, las recompensas merecidas durante la jor-

nada; la tropas forman, dejando en sitio distinguido a los que lograron distinguirse también en el combate, y Napoleón los condecora, pero entre ellos no está el héroe que dió la victoria; pregunta por él, y los oficiales le preceden hasta llegar a una misera casucha, donde en más miserable cama todavía, aparece ante la vista del emperador un rostro que sobresale de unas mantas, y en el cual se pinta un gesto de dolor que al entrar él se disipa como por encanto; el herido se levanta un poco y hace lo más marcialmente que puede su salud, que es correspondido por Napoleón con un fuerte abrazo, al par que le dice:

—A ti te debo la victoria que he alcanzado.

—No me debes nada, pues el deudor soy yo, que te debe el honor que ayer me concediste de pelear en primera línea— contesta el herido.

—Curarás de tu herida—le dijo luego Napoleón—y te será impuesta la legión de honor, que bien lo mereces.

—No curaré—dice el soldado—, porque me mandaste morir o merecer una medalla; si me das la legión, es porque no me das la medalla, y si no me das la medalla, bien se yo que es porque no la merezco, luego tengo que morir—dijo el soldado al par que con sus manos febriles desgarraba la herida que profunda y dolorosa se había en su vientre.

El emperador ante aquella víctima de la disciplina, no pudo dejar de admirarse y en un instante sujetó al soldado al propio tiempo que le imponía una cruz que arrancó de su pecho diciendo: «No morirás porque no una, sino mil cruces merece tu comportamiento hoy, a más de la legión de honor; tu heroísmo ha salvado a la patria y tu emperador te agradecerá eternamente la victoria de Austerlitz.»

LUIS DE LA CUESTA ALMONACID.

Cuenca 14 de abril de 1917.

El hada de los placeres

En una hermosa campiña
toda cubierta de flores,
vi a una hermosa niña
con ojos encantadores.

Sus lindos cabellos rojos
que encantau al mundo entero,
parecían con sus ojos
que eran de un ser hechicero

Jamás en el mundo ví
figura tan bien formada,
tan hermosa estaba allí
que me parecía una hada.

Embobado yo mirando
aquel ser tan hechicero,

creí que estaba soñando
pero era muy verdadero.

Renació en mi corazón
un amor fiel y sincero,
pero en ninguna ocasión
le pude decir... te quiero.

Yo la buscaba impaciente
para darle mi opinión,
la cual tenía pendiente
toda mi satisfacción.

Allí en la misma campiña
ya la pude ver un día,
y la encantadora niña
con dulce voz me decía:

Soy hada de los placeres,
no sé si tú me querrás,
olvidame si me quieres
porque ya no me verás.

A. CORREA.

Ateneo Escolar

Conferencia

El viernes 30 del pasado mes, Antonio Segura, alumno del 5.º curso, en una elocuente y amena disertación, nos explicó el tema «La fotografía y sus aplicaciones».

Empieza nuestro compañero el desarrollo de su tema, definiendo el más antiguo aparato por el cual se obtenía en una pantalla la imagen invertida de un objeto, y sigue dando a conocer todos los adelantos progresivos de la fotografía, hasta los tiempos modernos en que a grandes distancias se puede fotografiar, siempre que dos aparatos, los que también definió, estén expertos para trabajar.

Termina diciendo el novel alumno: «La fotografía es, quizá, el mejor de los inventos, siempre que nos permite llevar a todas horas, junto a nosotros, la silueta de los seres queridos».

Fue aplaudido por el auditorio que llenaba totalmente el salón de conferencias.

Reciba el Sr. Segura nuestra más cordial enhorabuena y hágala extensiva para él, el Sr. García, pues contribuyó a la gloria de su compañero dibujando las láminas con las cuales explicó al auditorio el funcionamiento de los aparatos de que en su conferencia trató.

Y recíbanla también el Director y Profesores del colegio de Palafox, que tantos hombres útiles a la Patria saben formar.

ADORACIÓN

Entré en la iglesia a sollozar mi pena,
oré a la Magdalena,
contemplé su sonrisa maternal;
ante sus plantas me postré de hinojos

y al mirar sus ojos
olvidéme del mundo terrenal.

Con místico fervor imploré al cielo,
y en tan hermoso vuelo
retumbó mi fervor, solemne y grave
en forma de canto de alabanza
que lleno de esperanza
entoné al Creador en la amplia nave.

Ronco tañido me volvió a este mundo,
y del dolor profundo
que mi pecho al penetrar sentía,
del insano afán que llenó mi mente,
mi alma nada siente
después de orar como oré aquel día.

Cuando de la otra vida esté en la puerta
y mi muerte sea cierta,
con piedad y fervor oraré como oré,
y al ver de la muer e la guadaña
cobarse en mí con saña,
tranquilo y sosogado, espiraré.

El ronco resonar de la campana
anunciará mañana
el triste paso de mi cuerpo yerto
desde este mundo donde ahora anida,
a eterna y mejor vida,
que será la misma que soñé despierto.

L. DE LA C. A.

DIÁLOGO

Una onza de oro

y una moneda de 5 céntimos

Salía de la escuela un niño hijo de un pobre labriego, y se encontró con otro niño condiscípulo suyo, que era hijo de un rico propietario, el cual iba acompañado de un criado y juntos se dirigieron a la pastelería; el uno para comprar cinco céntimos de caramelos, el otro, dulces y pasteles, los que pagó con una onza de oro. Ambas monedas fueron a un mismo cajón como fondo común, y empezaron un curioso diálogo. La onza, se apartaba enojosa a un rincón del cajón como pesada de estar junto a la moneda de cinco céntimos; ésta, por el contrario, estaba triste por haberse separado de su dueño el cual, la había llevado atada a un pico de su blusita, por espacio de diez días.

La de cinco céntimos rompió el silencio diciendo:—¿Cómo es querida compañera que tú estás tan brillante y guapa y yo tan ennegrecida?

—Si yo estoy más guapa que tú, no es porque me limpien, sino porque soy de mejor metal y mejores condiciones. ¿Tú no sabes de lo que soy?

—No.

Pues yo soy de oro.

—¡De oro...! ¡Ah, sí! ya me acuerdo

haber oído hablar de eso a mis parientes: y tú ¿no sabes de lo que yo soy?

Phis... ya lo creo, de cobre mezclado con otras substancias, que en resumen no equivalen a nada.

—No equivaldré a nada, pero a mi amo le he hecho el mismo servicio que tú al tuyo.

Todavía querrás igualar el gusto delicado y fino que tienen los lules que ha comprado mi amo, con los que ha comprado el tuyo, que no son más que pintura mezclada con algo de azúcar.

—Pues yo no encuentro tanta diferencia; lo mismo de satisfecho se ha ido mi amo que el tuyo.

Pues ya que igualas eso, no querrás igualar nuestro porvenir; pues yo iré regularmente a formar parte de las joyas de la confitera, mientras tú... ¡para limosna de un pobre lleno de miseria, y que inspira repugnancia!

—Y quién sabe si la limosna que se le dé a un pobre, servirá para comprar un panecillo que pueda amansar momentáneamente la víbora devoradora del hambre. Mientras tú ¡para fausto y tontería que por desgracia abunda bastante en el mundo!

Este diálogo fué interrumpido, en el crítico momento en que el confitero, hombre vicioso, abría el cajón para cojer la onza de oro y marcharse al casino, donde no solamente perdió la orgullosa onza, sino todo cuanto poseía. Mientras que la moneda de cinco céntimos, sirvió para una buena obra de caridad, que la mujer del confitero realizó con una niña que se acercó a la puerta de la confitería a implorar una limosna.

¡Qué distinto porvenir!

T. S. M.

TORMENTA

«Llor, Océano Inútil, a ti llegamos impulsados por el viento del Oeste; llor a ti, teatro de las quiméricas mil y una noches; llor, en fin, a ti que has sido gloria de intrépidos y atrevidos navegantes.

Nuestro viaje toca a su fin. La crespita luminosa del astro rey se extingue poco a poco, dando paso al crepúsculo vespertino. El mar está en absoluta calma; diríase que está en el más mágico sopor; una brisa agradable embriaga y alegra los rostros de los tripulantes de «La Victoria»—que es el nombre del barco de

nuestro relato—; y, por último, los trinos de algunos pájaros, que en aquel momento pasaban por lo alto del «Victoria», hacían a los viajeros levantar sus ojos al cielo, dándoles ocasión de contemplar la azulina bóveda que les cubría.

Allá a lo lejos, aparecía un punto negro, imperceptible para muchos, sólo perceptible y augurio de desgracias para los marinos. Sigue el barco su vertiginosa carrera; unas millas más, y siguiendo esta ruta verá el lector la exquisita, la admirable obra que la naturaleza ha puesto allí tan exquisita, tan admirablemente, que se asemeja a la imaginaria isla de Janja.

Surge a nuestra vista, agrandándose por instantes, la tierra de los misterios, de los innumerables y más activos venenos, de las más bellas pagodas con sus fantásticos creyentes, la tierra que aun existe y existirá hasta la consumación de los siglos, la idolatría, germen y origen de todas sus religiones, la de los bosques vírgenes con sus grandes fieras; en una palabra: la tierra del oro, la India.

Los pasajeros contemplaban con gran arrobamiento de sus almas aquella enorme masa que aparecía ante su vista. Dos jóvenes de porte distinguido charlaban amistosamente en la popa del buque; mas uno de ellos, fijos sus ojos en el punto negro, comenzaba a inquietarse su semblante por momentos, haciendo poco caso de la conversación de su amigo.

La noche cubría ya con su manto el espacio, el aire arreciaba hasta convertirse en grueso vendaval, cuando sonó la voz del capitán con aire imperativo, dando orden de que amainaran todas las velas, pues la tormenta estaba próxima a estallar; con tales palabras, dió a la escuadra aires de incertidumbres tales, que nuevamente tuvo que ordenar que

se retiraran a sus camarotes; mas no tuvo tiempo de terminar la orden: un grito de terror resonó en el espacio; el gaviero que estaba en la copa del trinquete, cayó al agua, y el palo, tronchado a raíz por el viento, cayó sobre el puente de mando, dejando exánime al capitán. En la tripulación sonó el grito de «¡sálvese quien pueda!», pero entonces sucedió una cosa extraordinaria: la voz, poco antes argentina y lánguida, de uno de los aristocráticos pasajeros, vibró enérgica en el entrepuente, para decir: «¡Cobardes, cada uno a su puesto!» Y los marinos, quizá fascinados por aquel personaje a quien no conocían, pero que tan diestramente dictaba órdenes y que en breve espacio supo enderezar el barco con la agilidad de un consumado marino, todos sin titubear obedecieron.

—¡Virar a varlovento, que el aire nos tumba!—gritó la voz sonora del que por entonces ocupaba el bando del barco, pero ya era tarde: una de esas temibles trombas marinas, había arrullado el barco y le hacía dar vueltas con vertiginosa rapidez sepultándolo poco a poco.

Gritos desgarradores, confusión; la sonora voz del jefe esforzándose en vano por salvar al barco y los pasajeros; de pronto, nada; cesaron los lloros, los lamentos; no se oía ya mas que el estentóreo rugir del inmenso Océano, que se había llevado a su seno el barco y sus pasajeros; nadie sabía la sepultura de aquellos infelices: un misterio más en los misterios del Océano.

ANDRÉS VILA MARTÍNEZ.

IMPRENTA

“EL DIA DE CUENCA,”

Calle de Colón, 12.

Se hacen toda clase de trabajos.



ESTA ES LA MEJOR

SOMBRERERÍA
Y GORRERÍA

vende a precios baratísimos. Presenta las últimas novedades y lo mejor que se fabrica.

Ojo con equivocarse

MARIANO CATALINA, 22
CUENCA